

I. Una visión de — conjunto y un resumen

Ha habido violencia, bajo la forma colectiva de una guerra, con participación de uno o más gobiernos; o en la familia, o en las calles. Material y somáticamente, se están acumulando daños visibles, lamentados por los implicados y los que no lo están. Pero de repente la violencia está amainando: los implicados pueden estar quedándose sin recursos materiales y no materiales; las partes implicadas van convergiendo en sus vaticinios del resultado final y la continuidad de la violencia se percibe como un sinsentido, innecesaria; y/o intervienen agentes externos para detener la violencia, mantener la paz, por la razón que sea, como evitar la victoria de aquellos a quienes no apoyan. Se inicia una tregua, alto el fuego (*armistice, Waffenstillstand, cease-fire*), se redacta y firma un acuerdo. Hay un suspiro de alivio. Y perplejidad.

La palabra *paz* la utilizan tanto los ingenuos que confunden la ausencia de violencia directa con la paz y no comprenden que el trabajo de hacer y construir la paz está a punto de comenzar como los menos ingenuos que saben eso y no quieren que ese trabajo empiece. Así la palabra *paz* se convierte en un muy eficaz instrumento de bloqueo de la paz. Nuestro ánimo es contribuir al esfuerzo mundial de desbloquear ese proceso hacia la paz más allá del alto el fuego, de forma que el «después de la violencia» no se convierta tan fácilmente en el «antes de la violencia».¹

El cuadro es desolador. Los muertos, los heridos, las mujeres violadas, los traumatizados, los afligidos. Los refugiados, los des-

plazados. La nueva población de viudas, huérfanos, heridos y golpeados por la guerra, soldados desmovilizados. Los daños materiales, ruinas; correos, teléfonos y telégrafos, agua y electricidad que no funcionan; carreteras, vías férreas, puentes, rotos. Colapso institucional, ausencia de orden público, carencia de gobierno. Minas y artillería sin estallar (UXO) por todas partes. Personas escarbando en las ruinas.

Y sin embargo esto no es más que lo que se ve. En otro contexto se ha analizado qué hacer *antes de la violencia*.² En relación con ello, resultaba útil un pequeño triángulo, el triángulo ABC, en el que A representa actitudes/suposiciones, B es las conductas y C la contradicción subyacente en el conflicto, el choque de objetivos de las partes, los temas de fondo (del inglés, A, *attitudes*, B, *behavior*, C, *contradiction*). C es el *conflicto de raíz*. Pero según va fluyendo el conflicto, A y B empiezan a tomar mal aspecto: desde el odio que corroe las entrañas hasta la depresión en A, el estado interno de las partes implicadas; desde la violencia física y verbal más rabiosa hasta la retirada, la apatía, en B. A y B, especialmente B, constituyen el *metaconflicto*, el conflicto que emana de, o surge tras, el conflicto de raíz, la capa superior. Sólo es visible B, las conductas abiertamente violentas.

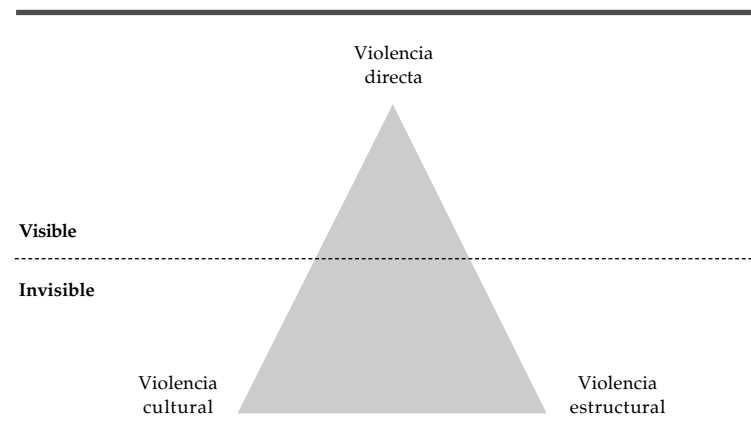
El enfoque en *Conflict Transformation By Peaceful Means* (Transformación de conflictos por medios pacíficos) era cómo transformar ese conflicto de raíz de forma que las partes implicadas pudieran hacerle frente, siendo la tesis que «es el fracaso en la transformación del conflicto lo que lleva a la violencia». Pero también había otra tesis, que el conflicto moviliza una reserva de energía que puede ser utilizada para fines constructivos, no sólo destructivos. En otras palabras, la violencia en general, y la guerra en particular, no es sólo un monumento al fracaso de la transformación del conflicto para evitar la violencia, sino también al fracaso de utilizar la energía del conflicto para propósitos más constructivos.

Antes de la violencia las emociones estaban más constreñidas. Tenía sentido aproximarse al conflicto de raíz como un problema intelectual que requería altos niveles de creatividad. Tras la violencia todo eso ha cambiado. Las emociones retenidas se han desatado en un frenesí de locura humana colectiva. Hay destrucción masiva de todo tipo. ¡Y bajo las ruinas, permanece el conflicto que está en la raíz!

La primera tarea para abordar el conflicto de raíz es *trazar un mapa de la formación del conflicto*, las partes implicadas, los objeti-

vos, los enfrentamientos/temas de fondo. La tarea correspondiente tras la violencia es *trazar un mapa de la formación de la violencia*, para comprender mejor cómo ha seguido su diabólico curso el metaconflicto, sembrando el caos en y entre los seres humanos, grupos, sociedades; dejando *personas destrozadas por la guerra, sociedades destrozadas por la guerra y un mundo destrozado por la guerra*.³ La guerra es un desastre creado por la acción humana.

Para empezar a trazar el mapa de la violencia puede ser útil otro triángulo, relacionado con el triángulo ABC:



La violencia directa, física y/o verbal, es visible en forma de conductas. Pero la acción humana no nace de la nada, tiene raíces. Se indican dos: una cultura de violencia (heroica, patriótica, patriarcal, etc.) y una estructura que en sí misma es violenta por ser demasiado represiva, explotadora o alienadora; demasiado dura o demasiado laxa para el bienestar de la gente.

Se rechaza el malentendido común de que «la violencia está en la naturaleza humana». El *potencial* para la violencia, como para el amor, está en la naturaleza humana, pero las circunstancias condicionan la realización de ese potencial. La violencia no es como el comer o las relaciones sexuales, que se encuentran por todo el mundo con ligeras variaciones. Las grandes variaciones en la violencia se explican fácilmente en términos de cultura y estructura: *la violencia cultural y estructural causan violencia directa*, utilizando como instrumentos actores violentos que se rebelan contra las estructuras y empleando la cultura para legitimar su uso de la violencia.

El triángulo ABC está al nivel humano de actitudes y suposiciones humanas, cognición y emociones, conducta humana violenta física o verbal, percepción humana de objetivos como incompatibles, chocando. El triángulo de la violencia es un reflejo social de eso. La violencia cultural es la suma total de todos los mitos, de gloria y trauma y demás, que sirven para justificar la violencia directa. La violencia estructural es la suma total de todos los choques incrustados en las estructuras sociales y mundiales, y cementados, solidificados, de tal forma que los resultados injustos, desiguales, son casi inmutables. La violencia directa antes descrita surge de esto, de algunos elementos, o del conjunto del síndrome.

Evidentemente la paz debe construirse en la cultura y en la estructura, no sólo en la «mente humana», pues el triángulo de la violencia tiene círculos viciosos integrados. Los efectos visibles de la violencia directa son los descritos más arriba: los muertos, heridos, desplazados, daños materiales, todos golpeando cada vez más a la población civil. Pero los efectos invisibles pueden ser aún más perversos: *la violencia directa refuerza la violencia estructural y cultural*, en la forma que se describirá más adelante. Y esto, a su vez, puede llevar a incluso más violencia directa. Lo más importante es el odio y *la adicción a la venganza por el trauma sufrido entre los perdedores, y a más triunfos, más gloria, entre los vencedores*. También se acumula poder sobre los hombres de violencia. La gente lo percibe, es escéptica sobre las «soluciones militares», empieza a buscar «soluciones políticas». Éstas tienden a ser estructurales, como el trazado de fronteras geográficas. Queda al margen el aspecto cultural, incluyendo la posibilidad de que trazar fronteras en la geografía pueda reforzar las fronteras mentales, que, a su vez, pueden legitimar violencia directa en el futuro. Una guerra intraestatal hoy podría convertirse en una guerra interestatal mañana.

La fragmentación geográfica puede sustituir la violencia estructural horizontal del «demasiado distante» por la violencia estructural vertical de represión, explotación y alienación de minorías dentro de un Estado-nación. Nos encontramos actualmente en una fase de guerras internas de secesión y revolución. Pero la distancia también puede llevar a una nueva fase de guerras externas entre estados de reciente creación.

Además, con un alto el fuego la motivación para acciones de calado sufre con frecuencia un espectacular declive. La tesis obvia sería: *si las culturas y estructuras violentas producen violencia*

directa, entonces tales culturas y estructuras también reproducen la violencia directa. En ese caso, el alto el fuego se convierte en un mero período entre guerras, una ilusión perpetrada sobre un pueblo con demasiada fe en sus líderes. A continuación se crea un sentimiento de desesperanza a medida que la gente empieza a darse cuenta del círculo vicioso: *las estructuras violentas sólo se pueden cambiar mediante la violencia; pero esa violencia llevará a nuevas estructuras violentas y además reforzará una cultura bélica*.

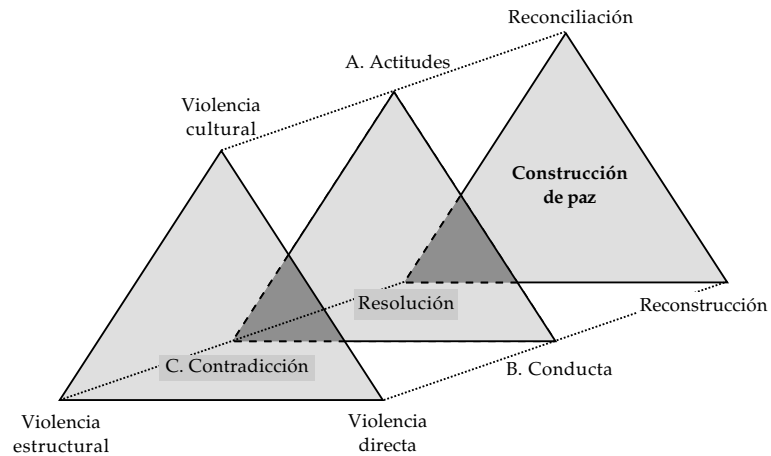
El camino de salida está en negar la primera premisa del dilema, la tesis de que «la estructura (opresora, explotadora) sólo puede cambiarse mediante la violencia», que es en sí misma parte de una cultura violenta. Si la contradicción no es demasiado aguda, la *política de la democracia* es una respuesta. Si la contradicción es muy aguda —en tanto en cuanto los intereses creados en el *statu quo* son cuantiosos para algunos, y también lo es el sufrimiento en términos de necesidades básicas de supervivencia, bienestar, libertad e identidad para la mayoría o la minoría (en este segundo caso la democracia mayoritaria puede legitimar el *statu quo*)—, entonces la respuesta puede ser la *política de la no violencia*, siguiendo la senda de Gandhi.⁴

Un problema serio es que la democracia (parlamentaria) y la no violencia (extraparlamentaria) tan sólo son parte de la cultura política en ciertas áreas del mundo, y la democracia (que puede ser violenta en sus consecuencias) lo es más que la no violencia. Pero ambas se están extendiendo con rapidez y no se excluyen mutuamente.

En este complejo de círculos viciosos podemos identificar ahora tres problemas que sólo pueden resolverse convirtiendo los círculos viciosos en círculos virtuosos (tómese nota del «re»: de nuevo, de nuevo y de nuevo):

- El problema de la *reconstrucción* tras la violencia directa.
- El problema de la *reconciliación* de las partes en conflicto.
- El problema de la *resolución* del conflicto subyacente, raíz del conflicto.

Si se hace una de estas tres cosas sin las otras dos, no se obtendrá ni siquiera la que se hace. Hegel planteaba la reconciliación entre Herr y Knecht sin resolución; Marx, la resolución sin ninguna reconciliación. La reconstrucción sin la eliminación de las causas de la violencia llevará a que ésta se reproduzca. Hay una enorme necesidad de teoría y práctica que combine las tres cosas.



Pero ¿qué significa «combinar»? Asumiendo que ya se ha producido la violencia, significa sincrónico más que diacrónico, lineal, uno tras otro. Eso se abre a dos modelos: tres carriles separados para cada cometido; un carril para las tres tareas.

El primer modelo remite la reconstrucción a los «desarrolladores», la reconciliación a los teólogos-psicólogos, y la resolución a los juristas-diplomáticos-políticos; se discutirán todos los enfoques.

El segundo modelo fundiría las tareas en una sola, basada en una hipótesis fundamental: *cuando mejor se puede dar la reconciliación es cuando las partes cooperan en la resolución y reconstrucción.*

Y aquí puede ser también donde se encuentra el camino hacia la paz, *si la paz se define como la capacidad de manejar los conflictos con empatía, no violencia y creatividad.*⁵ La capacidad de hacer frente a los conflictos es una víctima importante de la guerra. Así que vamos a abordar esta cuestión.